



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: La contribución de Sarmiento al liberalismo argentino

Autor: Ibarra González, Ana Carolina

Forma sugerida de citar: Ibarra, A. C. (1989). La contribución de Sarmiento al liberalismo argentino. *Cuadernos Americanos*, 1(13), 155-165.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año III, núm. 13, (enero-febrero de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LA CONTRIBUCION DE SARMIENTO AL LIBERALISMO ARGENTINO

Por Ana Carolina IBARRA  
UNAM, MÉXICO

ALGUNOS AUTORES sostienen que durante los últimos cuatro siglos el liberalismo ha sido "por excelencia" la doctrina de la civilización occidental.<sup>1</sup> Aceptar que el liberalismo es un pensamiento que mantiene continuidad a lo largo de un lapso tan vasto y cambiante, a la vez que revela la vigencia y actualidad que mantiene como tema, nos obliga a explicar cada una de sus expresiones en función del momento y condiciones históricas en las que se produce.

No hay duda de que el movimiento de independencia aceleró la penetración y difusión de las ideas de la Ilustración europea. Y que aunque éstas se combinaron, enriquecieron o incluso entraron en contradicción con los imperativos de la realidad americana, después de la lucha armada pudo vislumbrarse en casi toda América Latina la existencia de un movimiento liberal encaminado a impulsar en los respectivos países la organización nacional en una perspectiva de modernización y progreso. Los principales postulados de ese credo liberal se sintetizaron en los principios de libertad individual, libertad de expresión, libertad de comercio y de intercambio, igualdad de derechos, supresión del poder temporal de la Iglesia, secularización de la enseñanza y de la sociedad.<sup>2</sup>

Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), escritor, educador de generaciones, destacado periodista, miembro de la Asociación de Mayo, boletín de las tropas de Urquiza, integrante del ala nacionalista del partido liberal, presidente de la Argentina entre 1868 y 1874, diputado y fundador de innumerables instituciones culturales y educativas de su país, ha sido sin duda una de las personalidades liberales más fuertes del Continente.<sup>3</sup> Por este mo-

<sup>1</sup> Juan A. Ortega y Medina, "Impacto del liberalismo europeo", en *Secuencia* (Instituto Mora, México), 1 (1985), p. 15.

<sup>2</sup> François Chevalier, "Conservadores y liberales en México", en *Secuencia*, 1 (1985), p. 142.

<sup>3</sup> Hacemos nuestras aquí las palabras con que lo expresa François Chevalier en *América Latina*, Barcelona, Labor, 1983.

tivo, de su vasta obra y de su incansable actividad como hombre político de la etapa de formación de la Argentina moderna hemos querido retomar en estas páginas aquello que nos parece su mayor aporte al pensamiento liberal de su tiempo, que por cierto es también lo que más ha trascendido a su ámbito espacial y temporal. Nos interesa destacar en dos de sus obras fundamentales aquello que consideramos que expresa todavía lo que Charles Hale ha llamado "el sentido liberador de la palabra liberal".<sup>4</sup>

El liberalismo surgió como un pensamiento liberador, comprometido con el derrocamiento de las viejas estructuras, y sus ideales alentaron los movimientos revolucionarios europeos de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. En el caso de América Latina, el liberalismo de la primera mitad del siglo XIX se caracteriza por mantener la defensa de las libertades y la preocupación por establecer identidades nacionales. En general, la primera generación liberal se siente ligada a la lucha emancipadora, a la cual considera su pasado heroico y el inicio de una lucha muchas veces no terminada. Así lo admite Sarmiento en las páginas de *Facundo*, cuando dice que la revolución comenzó en 1810 pero que sus últimos tiros no se han disparado todavía. Para él la independencia ha dejado pendientes muchas realizaciones: formas representativas, prensa libre, educación libre, colonización, respeto a los derechos del hombre...<sup>5</sup>

*Facundo y Educación Popular*, dos textos esenciales en la obra de Sarmiento, recogen lo mejor del pensamiento romántico y los más caros ideales del liberalismo. En las páginas del primero, conocemos al vehemente liberal que, casi sin proponérselo, crea uno de los mejores ensayos de la literatura latinoamericana de todos los tiempos; en *Educación popular* sienta las pautas para la educación argentina y ofrece una fuente de inspiración para reformas educativas posteriores en otros países de América Latina.

Como sabemos, en su evolución el pensamiento liberal en América Latina perdió el carácter combativo que había animado levantamientos populares y guerras civiles en la postindependencia. En las últimas décadas del siglo se convirtió en un liberalismo de élite,<sup>6</sup> de marcada influencia positivista, expresión de la burguesía, del grupo gobernante y de las clases en ascenso.

Frente a los nuevos acontecimientos, el pensamiento de Sar-

<sup>4</sup> Charles Hale, "La discontinuidad liberal", en *Vuelta* (México), 117 (1986), p. 53.

<sup>5</sup> *Facundo, civilización y barbarie*, 4a., Buenos Aires, Losada, 1970, p. 62.

<sup>6</sup> José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en América Latina*, México, UNAM, 1978, esp. "El liberalismo latinoamericano".

miento, como el de muchos de sus contemporáneos, desembocó en el positivismo y adoptó posiciones evolucionistas que acentuaron los sentimientos racistas y la admiración hacia el extranjero, ya presentes en su obra previa. Estas posiciones extremas llegaron a manifestarse de manera tan violenta que por momentos su contribución al proceso de formación nacional de la Argentina queda opacada por sus excesos.

Sin embargo, no vamos a referirnos a este período también decisivo en la vida de Sarmiento, sino a recoger algunos temas que nos permitan revalorar su aporte en la etapa que antecede a la organización del país.

El derrumbe del proyecto nacional en 1828 había dejado como saldo una nación dividida. Luego de la guerra argentino-brasileña y del fracasado intento unitario de reorganización nacional, quedó de manifiesto la imposibilidad de plantearse la unificación en los mismos términos. El incremento de las tensiones provinciales desembocó en la guerra civil del interior. Bustos, Facundo Quiroga y Estanislao López dominaban la política provincial; en Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, apoyado por amplios sectores porteños, se preparaba para convertirse en el hombre decisivo de la Argentina por más de veinte años.

La época de Rosas está llena de paradojas. Por un lado, el problema de la paz se hace fundamental en un período de guerras internas, interregionales e internacionales. Surgido de la guerra civil y derrotado en esa conflagración regional en la que intervinieron además Uruguay, Brasil y Francia, conocida como la Guerra Grande, el gobierno de Rosas fue profundamente ambivalente: necesitó de la guerra para garantizar la paz. Se consiguió entonces lo que Tulio Halperin Donghi ha llamado "la paz de los cementerios".<sup>7</sup>

En realidad se trataba de una época de grandes enfrentamientos. La violencia del ejército fortalecido al término de la guerra de independencia encontró su respuesta en la contrarrevolución rural que expresaba la creciente atomización del poder, el fortalecimiento de las oligarquías locales y la incapacidad del poder central de mantener en torno de sí la cohesión nacional. La fuerza rural fue en aumento, a costa del debilitamiento de los centros urbanos. La proliferación del caudillismo fue consecuencia lógica de esta situación y *Facundo*, la gran obra de Sarmiento, uno de los retratos más lúcidos y elocuentes de esa Argentina.

En este ambiente, la juventud culta de Buenos Aires, los jóve-

<sup>7</sup> Tulio Halperin Donghi, *Historia argentina. De la independencia a la Confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 183

nes egresados de la Universidad de Rivadavia, comenzaron a reunirse para dar cauce a sus inquietudes literarias a través del Salón Literario, fundado en 1837. Sin embargo, esta juventud liberal, socialista y romántica fue asumiendo posiciones políticas cada vez más comprometidas y militantes. Cuando el bloqueo francés se colocó a las puertas de Buenos Aires, el Salón Literario avaló tácitamente la presencia extranjera para debilitar a la dictadura.

A principios de 1839, el Salón Literario desapareció y cedió su lugar a la Asociación de Mayo, la que empezó a publicar su periódico *El Iniciador*, dirigido por Miguel Cané, con la colaboración de Bartolomé Mitre, Varela, Tejedor, Alberdi y Echeverría. Desde 1838, Sarmiento mantuvo correspondencia con Alberdi y sostuvo con él un fructífero intercambio de ideas.

La Asociación de la joven generación argentina se creó en "nombre de Dios y de la independencia americana", según nos refiere Sarmiento en *Facundo*. Estuvo inspirada en la igualdad, la fraternidad y el progreso de la humanidad. Su objetivo era luchar por la regeneración y felicidad de la sociedad argentina.<sup>8</sup> Consciente de los errores de los unitarios y del grupo rivadaviano, los acusó de haber intentado una copia ciega de realidades distintas a las del país. En cambio, la Asociación se propuso rescatar los valores nacionales y ofrecer soluciones que fueran acordes con la realidad argentina. Su programa político establecía los siguientes puntos: restablecimiento de los correos, caminos y vías de comunicación, expansión de la frontera y colonización de los territorios del sur, introducción de poblaciones inmigrantes para poblar los distintos territorios, fomento de la navegación fluvial, organización de la educación pública, de la prensa y de la justicia, afirmación de las formas representativas, libertad de expresión y de opinión, dignificación del culto religioso y restablecimiento de la paz con el exterior.<sup>9</sup>

Levadas al extremo sus contradicciones con la dictadura, los jóvenes reformadores tuvieron que partir al exilio. Sarmiento regresó a Chile. El exilio chileno le brindaría una trinchera para continuar desde el periodismo el combate contra la tiranía y la posibilidad de definir y desarrollar su proyecto educativo. En aquellos años, Sarmiento fue director de la Escuela Normal de Preceptores, dirigió el Liceo, preconizó la simplificación ortográfica de nuestro idioma, tradujo y difundió la obra de educadores europeos y norteamericanos. Como director del diario *El Progreso*, Sarmiento publicó durante los meses de mayo y junio de 1845, en su

<sup>8</sup> *Facundo*, p. 222.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 232-235.

cesivas, entregas, su *Vida de Quiroga*, la que habría de ser su obra más famosa: *Facundo o Civilización y barbarie*.

*Facundo* es una obra beligerante, de lucha. Con tono vehemente su autor combatió en sus páginas, política y literariamente, a la dictadura de Rosas e hizo una propuesta política para la organización argentina. Integrada por tres grandes apartados (el primero dedicado a la descripción del escenario físico de la Argentina, el segundo, al relato de la biografía romántica del caudillo de la Rioja, Facundo Quiroga, y el tercero, en el que hace un ensayo político) es una obra *sui generis*, difícil de encasillar dentro de una clasificación precisa. Sin embargo, sus páginas ofrecen una variedad de posibles lecturas y transmiten la fuerza y la vitalidad del liberalismo argentino en aquella época.

Henríquez Ureña señaló que en torno al tema central de esta obra —traducida al inglés en 1868 y al francés en 1874— Sarmiento organizó su vida. La frase es digna de recordarse ya que, en definitiva, *Facundo* marca un derrotero en la vida de su autor. Para Sarmiento, la lucha contra los caudillos es casi una obsesión. Para él los caudillos representaban el atraso, la brutalidad, el poder personal y arbitrario; por eso él los combatió obstinadamente. Aparte de *Facundo*, Sarmiento escribió dos folletos para atacar a Aldao y al Chacho Peñaloza, además de lanzar su obra *Campaña del Ejército Grande* con el propósito de demoler a Urquiza, a quien consideraba al escribir la obra como el último de los caudillos. Como militar participó en la batalla de Caseros y redactó el parte de guerra; como gobernador de San Juan derrotó en 1865 a las fuerzas montoneras del Chacho, caudillo de esa zona; como presidente aplastó la rebelión de López Jordán en Entre Ríos (1871) y, con el propósito de hacer cumplir la Constitución a toda costa, "aprobó la pena de muerte para los desertores del ejército y los caudillos tomados prisioneros".<sup>10</sup> A lo largo de su vida, mantuvo una actitud implacable frente a los brotes de inconformidad provincial.

La crítica que hizo Sarmiento a las condiciones de atraso que imperaban en la Argentina de aquellos años, crítica que lanzaba específicamente contra la proliferación de los caudillos, estuvo acompañada por un tono de desprecio hacia todo aquello que fuera una expresión de lo autóctono. Si bien en algunos pasajes del *Facundo* salta a la vista el desdén por los indígenas, por los esclavos y por toda manifestación de carácter popular, en realidad este tema es tratado con mucha ambivalencia a lo largo de su obra.

<sup>10</sup> Haydée Gorostegui de Torres, *Historia argentina: la organización nacional*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 84.

Sin embargo, en *Facundo* se percibe la contradictoria realidad de mediados del siglo XIX. La condena explícita al evocar el territorio y el modo de vida de sus pobladores se transforma en admiración hacia lo propio, preocupación por definir el ser nacional. Sin que ése sea un propósito deliberado, el tono épico, propio de esta etapa formativa, es uno de sus elementos esenciales. Alberto Palcos y otros críticos de finales del siglo XIX, la calificaron de epopeya primitiva del pueblo argentino.

Si tomamos algunas partes del *Facundo*, veremos a la nación que surge y a la cual el autor dedica estos pasajes en los que se descubre su preocupación por intuir la Argentina:

La poesía, para despertarse, porque la poesía es, como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita del espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible, porque sólo donde acaba lo palpable y lo vulgar empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Ahora yo me pregunto ¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte y ver... no ver nada?

Porque cuando más se hunde los ojos en aquel horizonte incierto vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde, y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que se ve? La soledad, el peligro, lo salvaje, la muerte, He aquí ya la poesía...<sup>11</sup>

Por el tono general de la obra, a veces se nos escapa lo que Sarmiento dice cuando explica su admiración hacia los pueblos europeos: su admiración está en función al compromiso liberal, "asociado a su amor a la civilización".<sup>12</sup> Y, aunque admite que en el contexto de la Argentina de los años 1840 fueron los jóvenes reformadores los que vieron con agrado la intervención extranjera con la expectativa de derrocar conjuntamente al tirano, Sarmiento es consciente de los riesgos de la alianza. Observa con extraordinaria sagacidad y reserva la política exterior de Francia y de la Gran Bretaña. Para apreciar esta actitud, vale la pena recoger algunos comentarios suyos: "Digo lo mismo con respecto a Inglaterra, cuya política en el Río de la Plata haría sospechar que tienen el secreto designio de dejar debilitarse, bajo el despotismo de Rosas, aquel espíritu que la rechazó en 1807, para volver a probar

<sup>11</sup> *Facundo*, p. 40.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 224.



fortuna...'. Y más adelante añade: "¡Qué ilusión! Este estado se levantaría a despecho suyo; porque la grandeza del estado está en la pampa, en las producciones tropicales del norte y el gran sistema de ríos navegables cuya aorta es el Plata".<sup>13</sup>

En estos términos, Sarmiento asume una posición de defensa de la soberanía, en una etapa durante la cual las intervenciones se suscitaron en distintos lugares de América Latina y en el contexto de un conflicto que comprometió a la región del Plata. La Guerra Grande, originada por la competencia y rivalidad entre dos caudillos orientales, arrastró a suelo uruguayo una lucha que duró más de quince años y cuyo combate final se libró en Caseros. La suerte del gobierno de Rosas se decidió con su apoyo a Oribe y la ofensiva que ello motivó por parte del bloque constituido por Brasil, Francia y los colorados uruguayos y los opositores argentinos de la dictadura.

Un arma más en la lucha contra la dictadura rosista fue *Facundo*. El sentido de denuncia frente a la tiranía y el autoritarismo constituye aún hoy en día uno de los valores más recuperables de la obra. Las reflexiones que Sarmiento se hace en torno al tema de la tiranía constituyen uno de sus elementos más valiosos: "hay un momento fatal en la historia de todos los pueblos, dice Sarmiento, y es aquel en que, cansados los partidos de luchar, piden antes de todo el reposo de que por largos años han carecido, aún a expensas de la libertad o de los fines que ambicionaban; este es el momento en que se alzan los tiranos...".<sup>14</sup>

En este mismo contexto, y como una parte más de su lucha infatigable por sentar las bases para el futuro de la Argentina, Sarmiento produjo otra de sus grandes obras. Como lo señalamos antes, el exilio chileno le brindó la posibilidad de desarrollar su proyecto educativo. Como ministro del Interior, Manuel Montt ofreció a Sarmiento una comisión que duró cuatro años, para viajar al extranjero y estudiar los sistemas educativos de países desarrollados como los Estados Unidos y Francia. Fruto de esta experiencia fue la aparición del libro *Educación popular* (1894), su obra capital en materia educativa.

El libro *Educación popular* puede considerarse un texto precursor en el terreno de la educación en América Latina y lo más valioso y duradero de los trabajos de su autor. Por primera vez en América Latina se honra la tarea de los educadores y se plantea la posibilidad de brindar educación al pueblo.

Educación popular revela una acusada influencia del pedagogo

*Ibid.*, p. 228.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 197.

norteamericano Horace Mann y la admiración que Sarmiento sintió siempre por los Estados Unidos. No es extraño que sea evidente también aquí la exaltación de los valores extranjeros. En sus páginas, Sarmiento acusa a la colonización española que, si bien no exterminó a la población indígena, aprovechó su trabajo y consiguió esclavizarla, "dejando para tiempos futuros una progenie bastarda rebelde a la cultura y sin las tradiciones de ciencia, arte e industria, que hacen que los deportados a la Nueva Holanda reproduzcan la riqueza, la libertad y la industria inglesa en un corto número de años...".<sup>15</sup>

Para Sarmiento la tarea de erigir un Estado nacional fuerte y digno debía partir de la erradicación de las lacras de la herencia española:

La dignidad del estado, decía, no puede cifrarse pues, sino en la dignidad de condición de sus súbditos; y esta dignidad no puede obtenerse elevando el carácter moral, desarrollando la inteligencia y predisponiéndola a la acción ordenada y legítima de todas las facultades del hombre. Hay además objetivos de previsión que tener en cuenta al ocuparse de la educación pública y es que las masas están menos dispuestas al respeto de las vidas y de las propiedades a medida que su razón y sus sentimientos morales están menos cultivados...<sup>16</sup>

Sarmiento preconizó los imperativos de orden, paz y progreso que habían de ser los lemas de la generación futura y advierte que "de no preparar a las venideras generaciones para la necesaria adaptación de los medios de trabajo, el resultado será la pobreza y la obscuridad nacional".<sup>17</sup>

Sobre estas reflexiones que sirvieron de base a toda su obra, Sarmiento sentó las principales premisas de la educación argentina: el carácter popular de la educación, una educación democrática a la que todos deben tener acceso por derecho y que el Estado debe obligatoriamente ofrecer, el carácter nacional y público de la educación, que exige mantener una relación directa entre el poder del Estado y el sistema educativo. Por lo tanto, una educación laica, gratuita y a todos los niveles. Porque para Sarmiento la educación comenzaba en las cunas y no debía terminar nunca. Al respecto, insistía:

<sup>15</sup> Ana Carolina Ibarra, comp., *Doce textos argentinos sobre educación*, México, SEP-El Caballito, 1985, pp. 53 y 54.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>17</sup> *Loc. cit.*

las cunas nos interesan vivamente en América, por cuanto a merced de medios inteligentes e higiénicos aplicados a la crianza de los párvulos, se salvan millares de existencias sacrificadas a la ignorancia de las madres, o la falta de recursos. . . Pero las salas de asilo tienen un alcance más extenso. La moral del niño se forma allí en aquellos patios en que reunidos centenares de ellos, bajo la vigilancia apenas necesaria de mujeres inteligentes y solícitas, se abandonan a la movilidad de su edad, corrigiendo por la influencia de la masa sobre el individuo, los vicios de carácter que dejan desenvolver los mimos o la inexperiencia materna, el aislamiento y la soledad del hogar doméstico. . .<sup>18</sup>

*Educación popular* es una obra extensa, en la que su autor trata asuntos diversos relacionados con este gran tema de la época. En sus páginas se demuestra la necesidad de la instrucción pública, de la educación de las mujeres, de la escuela primaria, de la educación superior, de la inspección escolar, de los institutores, de los métodos de enseñanza y de la modernización de la ortografía española.

Todo este gran tema está cimentado en el papel que el liberalismo asigna a la educación, en el espíritu democrático que debe privar en la enseñanza y en la fe de que por la vía de la educación será posible la organización racional y próspera de la sociedad. En la Introducción señala:

La instrucción popular es una institución completamente moderna, nacida del cristianismo, convertida en derecho por el espíritu democrático de la sociedad actual. Ha dos siglos que este derecho hubiera parecido a ojos del clero y de la nobleza tan exorbitante como el sufragio: hoy el uno como el otro son incontestables. . .<sup>19</sup>

Para Sarmiento, como para todo liberal, la instrucción pública debe proponerse la preparación de las nuevas generaciones para el desarrollo de su inteligencia por medio del conocimiento de la ciencia y para lograr formar su razón, ya que "todos los hombres deben ser igualmente educados" y la ley no debe atreverse a poner condiciones al uso de un derecho "que pertenece al hombre, por nada más que ser persona racional y libre. . .".<sup>20</sup>

Con una espléndida argumentación, en las páginas de *Educación popular* Sarmiento defiende tan apasionadamente como siempre el ideal educativo de su tiempo. Para fortuna suya no sólo su obra educativa en la Argentina sino la que desarrolló durante su

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 43-44.

<sup>19</sup> Domingo F. Sarmiento, *Obras*, Buenos Aires, 1896, vol. XI, p. 8.

<sup>20</sup> Ana Carolina Ibarra, *op. cit.*, p. 49.

estancia en Chile, lo sitúan como uno de los más destacados educadores del continente.

Hacia finales de 1851 la caída de Rosas era inminente. Sus principales opositores regresaron a la patria y Sarmiento, junto con Mitre, se integró al frente de batalla para participar en el desenlace final. Sin embargo, la experiencia de Sarmiento en las filas de Urquiza fue amarga. Resultado de ello fue su *Campaña del Ejército Grande*, dedicado a Juan Bautista Alberdi. Colaborador cercano de Urquiza, Alberdi, uno de los liberales más realistas de su tiempo, insistía en anteponer la Constitución y la unidad nacional al debate político. "Con caudillos, con unitarios, con federales y con cuanto contiene y forma la desgraciada república se debe proceder a su organización",<sup>21</sup> decía en respuesta a las páginas de Sarmiento meses después de su publicación.

Sarmiento, en cambio, dejaba claro:

He visto con mis propios ojos degollar el último hombre que ha sufrido esta pena, inventada y aplicada con profusión por los caudillos, y me han bañando la cara los sesos de los soldados que creí las últimas víctimas de la guerra civil. Buenos Aires está libre de caudillos y las provincias si no se las extravían, pueden librarse del último que sólo ellas con su cooperación levantarían. En la prensa y en la guerra usted sabe en qué filas se me ha de encontrar siempre y hace bien en llamarme el amigo de Buenos Aires, a mí que apenas conocí sus calles...<sup>22</sup>

Fiel a su elección ante la disyuntiva contenida en *Facundo*, Sarmiento optó de manera definitiva por la ciudad. De allí en adelante, su participación se produjo del lado del proyecto porteño, expresado en el porteñismo nacionalista.

Después de la decisiva batalla de Caseros, la Argentina no había logrado su unificación. Sin embargo, los diez años siguientes serían determinantes para la consecución de este propósito. Durante este lapso, las tendencias hacia la unidad fueron imponiéndose y el problema de la organización nacional se resolvió, inevitablemente, sobre la base de conciliación con el interior. Ya desde 1853, la elaboración de la Constitución federal, inspirada en las *Bases* de Alberdi, reflejaba la intención de las provincias de abandonar las posiciones separatistas en favor de un proyecto común y desechando el predominio de una región sobre otra. Únicamente Buenos Aires persistía en mantener determinadas prerrogativas.

<sup>21</sup> Juan Bautista Alberdi, *Cartas sobre la prensa y la política argentina*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, s.f., p. 5.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 17

Sin embargo poco a poco la necesidad de integrar la nación se impuso aún en Buenos Aires.

En estas décadas, la participación de Sarmiento fue destacada, primero al lado de Mitre, después al llegar a la presidencia en 1868. Su candidatura concilió las diferencias entre las dos alas del liberalismo porteño y se insertó como parte del proceso de modernización que desplegó a partir de entonces la Argentina decimonónica. Cuando en 1880, bajo la presidencia de Julio Argentino Roca, se consolida la integración definitiva del país, la Argentina se acerca a muchos de los ideales planteados por su predecesor, el ilustre maestro sanjuanino. La culminación de la conquista sobre la Patagonia, la homogeneización racial, el arribo del aluvión de inmigrantes se hacían presentes en los campos antes desiertos y el sistema educativo florecía, haciendo de la Argentina uno de los países más adelantados en lo que se refería a enseñanza primaria. Con ello, la generación de Sarmiento podía preciarse de haber sentado las bases de la Argentina moderna.

Las situaciones y las perspectivas habían ido cambiando durante aquellos años el discurso encendido de Sarmiento. Ya no había evocación a los compromisos emanados con la Revolución de 1810. Sarmiento, como muchos hombres de su tiempo, había olvidado el sentido original de la palabra liberal y se autodefinía en 1875 como "liberal limitado, como el ilustre Thiers...". Explicaba con más precisión:

Acusado como estoy de amar el despotismo, diré que soy liberal gobiernista, en cuanto quiero que a nombre de la libertad no se debilite la acción del gobierno... Estoy pronto a jurar que sostendré la constitución, respetaré y obedeceré a las autoridades (aún de partidos contrarios), sin hacer armas para enderezar sus entuertos o los del Congreso al dictar leyes...<sup>23</sup>

Estas palabras del senador Domingo F. Sarmiento corresponden a las de la nueva generación de positivistas y científicos que, aun cuando consideran como su fuente al liberalismo de los primeros tiempos, han abandonado sus posiciones más combativas. El pensamiento de Sarmiento pierde fuerza y se transforma en un pensamiento comprometido con el proyecto de las clases latifundistas y los intereses agroexportadores que en aquella época lograron consolidarse. Sin embargo, Sarmiento había legado para la posteridad dos de las obras más vitales, brillantes y representativas del liberalismo decimonónico.

<sup>23</sup> Domingo F. Sarmiento, *Discursos parlamentarios*, 4a. ed., Buenos Aires, Editorial Jackson, 1945, p. 62.